

—Ojalá y nunca le hubiese visto: él fué la causa de la desgracia de mi hija Julia.

—¿Que dice usted!

—Si, doctor: creo que ya le he referido á usted algo de esa historia. Hijo, Salvador, vete á acostar para que te levantes temprano.

—Sí, papá, dijo el niño.

—Salvador se despidió de su abuelo y de su padrino.

Don Nemesio y el doctor quedaron frente á frente, disponiéndose á jugar un partido de ajedrez.

RECUERDOS.

—No culpo á nadie de nuestros males, dijo don Nemesio, cuando hubieron quedado solos, pero cuando conocí á ese joven, reinaba en mi hogar un contento y una paz octaviana. La primera noche que vino á casa, recuerdo que mi querida hija Julia tenía un placer que se le conocía en los ojos: los muebles brillaban de limpios; la sala estaba perfumada, mis hijas vestidas con sencillez pero con elegancia, esperaban la hora en que ese señor debía de llegar.

Por fin, se presentó; su exterior era bastante bueno: sus modales, su traje, todo era irreprochable. Su conversacion, aunque frívola, fué medida y respetuosa. En una palabra, no habia que reprocharle, repito, y sin embargo, cuando entró á esta misma sala, se me oprimió el corazon. Nunca he sido fatalista, pero estoy íntimamente convencido que nuestra alma tiene revelaciones secretas, que llamamos *corazonadas*.

Comenzó á visitarnos, y yo, sin saber por qué, presentia que la desgracia estaba suspendida encima de nuestras cabezas. Poco tiempo despues, ese joven envió á Julia un rega-

lo de consideracion, en los momentos en que yo la aconsejaba para que prescindiese de él porque habia averiguado que era jugador.....

—Es el mismo, exclamó el doctor, pues de este señor he sabido que adquirió su fortuna de esa suerte.

—Julia tuvo su primero y último desencanto; aquella alma sensible y de pasiones tan enérgicas, buscó un consuelo á sus decepciones en el claustro.....

Don Nemesio limpió algunas lágrimas que habian corrido por sus mejillas y continuó:

—Ya sabe usted lo demas..... Miétras yo lloraba á mi Julia, Constanza fué víctima de un seductor, cuyo nombre ha quedado ignorado para mí. ¿Se acuerda usted de aquella noche, amigo mio?

El doctor inclinó la cabeza sobre el pecho, como doblegado por el peso de aquel doloroso recuerdo.

El señor Pastrana lloraba en silencio, y creia estar asistiendo á las escenas de aquella noche que habia evocado.

—Piadoso el cielo, prosiguió don Nemesio con voz conmovida, no quiso que Constanza sobreviviese á su deshonor, y murió un mes y quince dias despues de haber dado á luz á Salvador..... Creí morirme entónces, pero Dios me reservaba para mi hijo y para saber el fin de Julia..... Ya no espero mas desdichas sobre mí: han concluido mis afecciones mas caras y mi muerte está ya próxima: á usted toca, doctor, seguir la obra santa que inauguró aquella noche de inolvidables recuerdos para mí. Le pido al cielo haga feliz á Salvador, y á mí me lleve al sepulcro: quiero descansar.

—Señor Pastrana: la conversacion de usted haciendo reminiscencias del pasado, ha oprimido mi corazon. Algo, como una sombra del porvenir, ha pasado ante mis ojos: yo le

aseguro á usted que Salvador será feliz; me lo dice una voz secreta: acabo de tener una de esas revelaciones intuitivas de que hablábamos hace un momento.

—Dios lo quiera, contestó don Nemesio.

—Y ya que hemos hablado del pasado, dígame usted, ¿no ha encontrado usted alguna carta de Constanza dirigida á su amante, ó alguna de él dirigida á ella, que nos ministrase alguna luz para averiguar quién fué el.....

—Una pequeña papelera que perteneció á Constanza, permanece cerrada: no he querido saber el nombre del autor de la deshonor de mi hija. Cuando Salvador sea mayor de edad, que se imponga de esos papeles, por lo que puedan importarle: yo, no lo deseo.

—Dice usted bien: jugaremos, dijo el doctor, nos hemos entristecido con los recuerdos del pasado: el porvenir pertenece á Dios; vivamos descuidados.

El señor don Nemesio y el doctor se pusieron á jugar su partida de ajedrez.

El silencio que reinaba aquella noche en la casa de la calle de la Concepcion, era interrumpido solamente por la respiracion tranquila y suave del niño Salvador que dormia, y por el ruido de las piezas de ajedrez al ser movidas encima del tablero.

UN CIELO CON NUBES.

Gerardo, previsor y cauto, abandonó la capital como recordarán nuestros lectores, tres días después de la fuga de Julia del convento.

El viejo Nicolás era el único que creía estar en el secreto, pues Gerardo le había dicho que era una novicia la que se había robado: no obstante esto, Nicolás luchó con su conciencia, y atosigaba á Gerardo para que se casara cuanto antes con Luisa, (pues así le había dicho Gerardo que se llamaba) para reparar la honra de la jóven.

Gerardo ofreció á Nicolás que lo haría cuanto antes, y el pobre anciano quedó mas tranquilo, aunque no del todo, con esta promesa.

El camino fué sumamente agradable, y sin contratiempo alguno llegaron al pueblo de Dolores.

Allí, Gerardo le contó una historia inaudita al párroco del lugar; historia que hacia honor á la imaginacion del señor Urrutia.

Nicolás hizo el papel de tío ultrajado, y el engañado sacerdote casó en secreto á los sacrílegos amantes.

En buen estado, segun decia Nicolás, llegaron Gerardo y Julia á San Luis Potosí.

Julia, á quien no volveremos á darle su nombre sino el de Luisa, era feliz al lado de Gerardo. El jóven procuraba llenarla de cuantas comodidades le eran posibles, y ambos se embriagaban con su amor sin pensar nunca en lo porvenir.

Un año despues, la señora doña Luisa Carranza de Urrutia daba á luz un niño. En la fuente bautismal se le puso el nombre de Julio.

La jóven, desde aquel momento, se creyó la mas feliz de las mugeres: amaba á su hijo con toda la ternura de una buena madre y con toda la vehemencia de sus pasiones.

Dos años y medio despues, Gerardo, creyendo que ya era tiempo de volver á México, dispuso el viaje.

El señor y la señora Urrutia abandonaron San Luis, á donde la segunda se habia hecho apreciar entre las familias que la trataron, por su carácter amable que le hemos conocido.

A los ocho meses de estar en México, Julio habia caido enfermo de una fiebre peligrosa; pero debido á los cuidados del doctor, nuestro amigo, el niño se habia salvado entrando en convalecencia.

Eran las diez de la mañana del mes de Abril del año de 18..... en el instante en que un criado llamaba á la puerta de una recámara de la casa de Gerardo.

—¿Qué trae usted? dijo una voz.

—La jaletina y el pollo, niña.

La puerta se abrió apareciendo Luisa en el umbral: recibió la charola de manos del mozo, previniéndole que avisara al señor, luego que llegase, que el niño estaba mejor.

La puerta se cerró: pero nosotros vamos á penetrar.

Junto á un pequeño lecho reposaba un niño como de tres años. La palidez de su rostro decia claramente que acababa de salir de alguna enfermedad.

La hija del señor Pastrana estaba sentada en el mismo lecho, preparándose á dar el alimento con su propia mano al pequeño convaleciente.

Julia habia llegado al colmo de su belleza: el hijo que habia dado á Gerardo en nada habia rebajado su hermosura. Sus recuerdos, que eran punzantes, y su pasion por su amante, habian impreso en su rostro un tinte melancólico. El azul de sus ojos se habia oscurecido un tanto: su pelo era en la actualidad castaño claro. Una sonrisa amarga juguetaba de cuando en cuando en sus lábios.

Parecia que le lanzaba un reproche al destino por no ser enteramente feliz.

Su cuerpo habia perdido algo de su antigua flexibilidad, ganando empero en perfeccion. Sobre este conjunto, ese sello característico que no se puede describir, y que como una aureola corona la frente de una jóven madre.

—Vamos, Julio, reclínate en mi pecho y toma tu jaletina: ¿tienes mucha hambre, hijito?

—Sí, mamá, tengo mucha hambre.

Luisa reclinó sobre su pecho la cabeza del niño, le dió un beso en la frente y comenzó á darle con tierna solicitud el alimento.

El niño la miraba á veces enviándole su mejor sonrisa.

—Alíviate pronto para que te compre yo tu borrego: ya verás que bonito.

—Sí, mamá, contestó el niño, lanzando una mirada de deseo.

—¿Se puede entrar? dijo una voz á través de la puerta.

—Voy, hijo, contestó Luisa, que habia reconocido la voz de Gerardo.

Luisa abrió la puerta, y el señor Urrutia entró en la recámara.

Gerardo estaba tambien muy cambiado: usaba toda la barba que era negra y fina. En su frente se veia una arruga, que demostraba que Gerardo se habia concentrado en sus pensamientos: la mirada tenia una expresion de desconfianza.

Vestia un traje sencillo de mañana.

Al entrar Gerardo en la recámara, los dos amantes se dirigieron una mirada: la de Luisa parecia expresar este pensamiento: —«¿Qué hay?» La de Gerardo, esta contestacion:

—«No hay peligro.»

—¿Cómo sigue Julio?

—Perfectamente: ha comido con buen apetito.

—Magnífico: dentro de seis dias podrá levantarse.

—¿Y el doctor?.....

—Se despidió ayer.

—Me parece conveniente hacerle un obsequio por su eficacia.

—Pienso como tú.

Gerardo y su amada se habian acercado al lecho y se disputaban las caricias del niño.

—Tengo sueño, dijo Julio.

—Pues duérmete, hijito, duérmete: ¿quieres que te dejemos solo?

—No, que se acueste conmigo mamá.

Luisa se acostó con el niño, y comenzó á acariciarlo para que se durmiese mas pronto. Gerardo se sentó en una silla y contemplaba con amor á su hijo y á Julia.

Gerardo observaba en la fisonomía de Julia, síntomas de tristeza.

—¿Qué tienes? le preguntó.

—Nada: ese malestar que de continuo me abrumba. Vivo con una intranquilidad que me atosiga.

—Tonta.

—Seré tonta, pero lo cierto es que tú has participado muchas veces de mis temores y aun participas de ellos, solo que, no quieres decírmelos, por no preocuparme mas.

—Te equivocas: en un tiempo sí concebí temores fundados; en la actualidad no: ¿quién podria reconocerte?

La jóven no contestó.

—Lo que te pasa es que eres cobarde y que extrañas nuestra vida de San Luis; pero pierde cuidado, el dia que Julio se levante de la cama, con ese pretexto damos un baile.

—No, Gerardo, te lo suplico.

—Sí, que no: estás triste y eso me desazona á mí mucho: hemos de bailar.

Es una positiva fatalidad, que amándonos como el primer dia, padezcas esas tristezas: ¿por qué? No, señor, no quiero verte triste: en el cielo de nuestra vida no quiero mirar ninguna nube: cuando á Dios le plazca llamarnos á su presencia, ya veremos; su misericordia es infinita: yo estoy cierto de su perdon.

Los frailes nos pintan un Dios fiero, vengador: un Dios,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Ed. 1625 MONTERREY, MEXICO

que sin el diablo, no sería tan temible; pero Dios debe de ser todo bondad, y ha de tener en cuenta las grandes pasiones. Una pasión fué la que nos ha unido; nada temas, no estás triste, te lo ruego.

—Disiparé mi tristeza, pero no des ese baile, Gerardo.

—Sí, sí quiero que goces.

Y el señor Urrutia, sin hacerle caso á su amada, se salió violentamente de la recámara.

Media hora despues, Virginia, la mejor modista de entón-ces, estaba ante la señora Urrutia presentándole muestras y figurines para que eligiese su traje de baile.

Gerardo, con una especie de alegría febril, lo disponia todo.

El viejo Nicolás daba mil órdenes: los criados iban y ve-ñian; los tapiceros tomaban medidas; en una palabra, la casa presentaba un aspecto desusado.

En la noche, Gerardo, frente á su escritorio, escribia los nombres de las personas invitadas.

Julia, en su recámara, besaba con pasión á su hijo: tal parecia que se iba á separar para siempre de él.

EL BAILE.

Era una noche espléndida: parecia una noche de invierno. La luna llena alumbraba con su poética luz la capital.

El patio de la casa del señor Urrutia estaba profusamente iluminado con vasitos y faroles de colores: la escalera y el corredor parecian un bosque.

Los naranjos en flor, los *huele de noche*, el jazmin y las violetas, despedian su exuberante perfume.

Aquello parecia un palacio encantado.

Los criados, de gran librea, se paseaban unos por el patio y otros por los corredores.

Media docena de jóvenes elegantes y de buena presencia, introducian á las señoras y señoritas en el salon.

El salon estaba alumbrado profusamente: una *araña* de cien luces pendia del techo: los muebles eran de raso azul y flores de oro.

Una banda militar tocaba alegres sonatas en el patio, mien- tras que la orquesta de la ópera templaba sus instrumentos

en la sala, haciendo palpitar el corazón de los concurrentes con aquellos preludios armoniosos.

Eran las once de la noche: Luisa, vestida con elegancia y teniendo á Julio entre sus brazos, pálido aún, estaba rodeada de jóvenes que á porfía le decían madrigales.

—Señora, he recorrido los salones de París, y en ninguno de ellos he encontrado el buen gusto que en el de usted; esto me lo explico perfectamente, porque en ninguno de ellos he visto una muger tan amable como usted, Luisa.

—Gracias, Gomez, es usted muy galante.

—Es la verdad mas grande que le he oido á Ricardo, repuso otro joven, y Gerardo debe de conceptuarse por muy feliz.

—Yo quiero eso, dijo Julio, señalando el pomo de esencia que Gomez tenia en la mano.

—No, niño, repuso su mamá.

—Si, dijo Julio con energia.

—Tómalo, precioso, contestó el joven entregándole al niño el frasco.

—Perdónelo usted, Gomez, dijo Luisa ruborizándose; es un muchacho impertinente, que cuando no se le da lo que desea, llora hasta el fastidio, y como está convaleciente, no quiero contradecirle.

—Bien hecho, no hay cuidado.....

—Es un niño encantador, exclamó una señora obesa, que ostentaba en su cuello un rico hilo de perlas.

—Señora.....

—Positivamente, no he visto criatura mas viva. ¿Cómo te llamas, chulo?

—Julio, contestó el niño, derramando la esencia encima del vestido de la señora.

—¡Niño!.....

—Déjelo usted, si no fué nada: qué gracioso!

—Vaya un muchacho que promete, decia Gomez á un amigo suyo: si continúa como va, con ese consentimiento, llegará á ser de grande un hombre de carácter indomable.

—Pero la madre en cambio, es bellísima, repuso el amigo. ¿Y es realmente esposa de Urrutia? se dice por ahí que no.

—Bah! son hablillas, yo estoy impuesto de ese negocio, como ninguno puede estarlo. Luisa es de san Luis, Gerardo la conoció allá, y despues de una aventura un poco galante, se casaron.

—¡Holal! ¿con que hubo su aventurilla?.....

—Sí señor.—Y los jóvenes se confundieron entre la concurrencia que era numerosa.

—Cuadrillas, anunció el bastonero en voz alta.

Operóse en la sala un movimiento simultáneo á este anuncio. Los caballeros se dirigieron á pedir la pieza á las señoras.

—Luisa..... decia un jovencito de cabellera rizada, inclinándose profundamente ante la señora Urrutia.

—Ricardo, no es posible: perdóneme usted, la pieza que sigue es de usted, esta es de un amigo de Gerardo..... persona caracterizada.....

—Comprendo, comprendo y acepto la segunda pieza.

El bastonero, que se habia colocado en el centro del salon, dió dos golpes en el suelo luego que hubo arreglado las parejas convenientemente.

La música comenzó á tocar unas cuadrillas entusiastas.

Se respiraba un ambiente perfumado: se miraban sonrisas de placer. Las mugeres, la música, las luces y los aromas trastornaban la cabeza.

Habia una cosa inexplicable, conmovedora, en las miradas de tantas jóvenes bellas.

Descollando entre todas, como la rosa entre las demás flores, estaba Luisa.

Los hombres la seguían con ávidas miradas; las mujeres con envidia.

Gerardo no cabía en sí de gozo, y se felicitaba interiormente por su buena idea del baile.

Al concluir las cuadrillas, entró un nuevo convidado en la sala, llevando á un caballero de edad madura, de grave continente, y que usaba anteojos de oro con cristales azules.

—Señor Urrutia, me permití traer conmigo á mi tío, el señor don Silvestre Cardoso, á quien tengo la honra de presentar á usted.

—Muy bien hecho, Alberto, el señor toma posesion de su casa y me tiene á sus órdenes desde este instante.

El señor Cardoso saludó profundamente, y fué á ocupar un asiento en un rincón de la sala, mientras Gerardo le pedía perdones por tener que ir á dar algunas órdenes.

Luisa, rodeada de señoritas y señores, era el punto de mira de la reunion.

El señor Cardoso pasaba una revista minuciosa á la concurrencia, hasta que llegó á dirigir su vista al sitio en que estaba Julia.

Don Silvestre se estremeció involuntariamente: se quitó los anteojos y comenzó á limpiar los cristales con la punta de su pañuelo. En seguida, se los colocó de nuevo, y siguió mirando con insistencia á la señora Urrutia.

Después de servirse helados, vinos, licores exquisitos, cremas y pasteles, el bastonero volvió á anunciar en alta voz:

—Polka.

La música comenzó, y el baile tambien.

Luisa bailaba con Ricardo: repetidas veces pasó junto á don Silvestre sin mirarlo, pero este sí la devoraba con la vista, exclamando para sí: «¡Esto es inaudito! ¡Qué semejanza! ¡Que belleza! Si yo pudiera.....»

El señor Cardoso no concluyó su monólogo, pues se le habia acercado su sobrino.

—Escucha, Alberto, ¿conoces á aquella joven?

—¿Cual, tío?

—Aquella del vestido como de plata con sobreveste de encajes de Bruselas: la que tiene alhajas, no la que está á su lado y que tiene un vestido igual.

—¡Ah, tío! esa señora es la dueña de la casa; la esposa de Urrutia.

—¿Te han presentado con ella?

—Sí, tenemos un medio de conocimiento.

—Preséntame, pero antes dime: ¿es realmente su esposa?

—Tío, se murmura, pero hay quien asegure que los vió casar.

—¿No sabes de dónde es?

—Dicen que de San Luis.

—Llévame con ella.

Luisa estaba sentada en un sofá, teniendo entre sus brazos á su hijo.

Cuando vió á Alberto que se acercaba con aquel extraño personaje, sintió que el corazón se le oprimía: algo parecido á un presentimiento funesto cruzó por su mente, y por un movimiento natural quiso levantarse para huir, mas reflexionando al punto, estrechó al niño y llevó su pomo de esencia á la altura de su boca.

Al señor Cardoso no se le había escapado ningun movimiento.

—Señora, tengo la honra de presentar á usted á mi tío el señor don Silvestre Cardoso, que me pidió ser favorecido con esta presentacion.

Luisa se inclinó y repuso con voz algo insegura:

—Gracias, señor.

—No solo he tenido intencion de cumplir con un grato deber de sociedad, sino felicitar á usted por ser madre de un niño tan precioso, causa, segun me dicen, de este elegante baile.

—Sí, señor..... mi hijo..... Y Julia tartamudeó.

—Pero usted se halla indispueta; ¿tiene usted algo?

Luisa encontró al punto un pretexto magnífico para enmendar su pasada turbacion, y sintiendo renacer su valor ante el peligro, exclamó enteramente repuesta:

—Hace un instante que toqué la frente de mi hijo, y me pareció que tenia calentura: una recaida seria mortal..... Voy á retirarme, pues la desvelada puede perjudicar á mi hijo.

Y Luisa hizo un movimiento para levantarse.

—Un momento, dijo don Silvestre con una acentuacion tal, que parecia un mandato.

—Quiero quedarme, exclamó el niño: estoy contento y no estoy enfermo.

Estas palabras de Julio hicieron estremecer á la amante de Gerardo.

—¿Quieres quedarte, niño? preguntó el señor Cardoso. ¿Cómo te llamas?

—Julio.

—Julio? dijo aquel individuo mirando al niño de una manera indefinible.

La infeliz madre palideció y buscó con la vista á Gerardo. El señor Urrutia no estaba allí.

—¡Contradanza! gritó el bastonero.

—Señora..... espero que.....

—Caballero, estoy indispueta.....

Dos vueltas únicamente.

Luisa se puso en pié y dió el brazo al señor Cardoso. Sus piernas flaqueaban: se sentia desfallecer.

El baile principió, y don Silvestre se lanzó á bailar con Julia.

—¿Es usted de México?

—No, señor, contestó Julia fingiendo firmeza.

—¿Tiene usted papá?

—No, señor.

—¿Qué tiempo tiene usted de casada?

—Seis años.

—¿Qué era su papá de usted?

—Comerciante..... Estoy fatigada; ¿se sirve usted sentarme?

El señor Cardoso cesó de bailar, y llevando á Luisa del brazo, le dijo:

—¿Cómo se parece usted á una monja que se quemó en el convento de la Concepcion, y á quien yo conocí mucho, por ser mayordomo del convento!

Luisa se puso horrorosamente pálida y un temblor convulsivo invadió su cuerpo.

El hombre de los anteojos llevó á Luisa al hueco de un balcon próximo á ellos y le dijo mirándola con ira mal reprimida:

GERARDO.

—Tú eres *sor Julia del Corazon de Jesus*. ¡Sacrilegal tu conciencia te acusa.

Julia dió un grito y cayó al suelo sin sentido.

Los que bailaban corrieron al lugar de donde salió el grito: Gerardo se presentó, consternándose al ver á su amada en aquel estado.

El señor Urrutia la cargó en sus brazos llevándola á su recámara: los convidados se hacian mil conjeturas. Los criados corrieron en busca de un médico: algunas señoras abandonaron el baile; otras invadieron la recámara.

Luisa, vuelta en sí, veia á todos con ojos espantados, creyendo descubrir entre los convidados al funesto don Silvestre; pero el señor Cardoso habia salido el primero aprovechándose de la confusion. Montó en su carruaje, y no obstante la hora, dijo al cochero:

—Al Arzobispado, á escapel

El desmayo de Luisa se atribuyó al calor, á los nervios, al corsé ajustado, etc., etc.

La jóven tuvo que presentarse nuevamente en el salon para no disgustar á los convidados.

A las cinco de la mañana, cuando todos se retiraban sumamente complacidos, Julia confiaba á su amante lo ocurrido.

El señor Urrutia dispuso la fuga inmediatamente.

—¿Quién?

—Yo, Roman, yo: un negocio urgentísimo.

La puerta se abrió, y don Silvestre se dirigió á la escalera,

la subió con violencia, atravesó un corredor y llamó en otra

—¿Quién?

—Yo, Roman, yo: un negocio urgentísimo.

La puerta se abrió, y don Silvestre se dirigió á la escalera,

la subió con violencia, atravesó un corredor y llamó en otra

—¿Quién?

—Yo, Roman, yo: un negocio urgentísimo.

La puerta se abrió, y don Silvestre se dirigió á la escalera,

la subió con violencia, atravesó un corredor y llamó en otra

—¿Quién?

—Yo, Roman, yo: un negocio urgentísimo.

La puerta se abrió, y don Silvestre se dirigió á la escalera,

la subió con violencia, atravesó un corredor y llamó en otra

—¿Quién?

—Yo, Roman, yo: un negocio urgentísimo.

La puerta se abrió, y don Silvestre se dirigió á la escalera,

la subió con violencia, atravesó un corredor y llamó en otra

—¿Quién?

—Yo, Roman, yo: un negocio urgentísimo.

La puerta se abrió, y don Silvestre se dirigió á la escalera,

la subió con violencia, atravesó un corredor y llamó en otra

—¿Quién?

—Yo, Roman, yo: un negocio urgentísimo.

La puerta se abrió, y don Silvestre se dirigió á la escalera,

la subió con violencia, atravesó un corredor y llamó en otra

—¿Quién?

—Yo, Roman, yo: un negocio urgentísimo.

La puerta se abrió, y don Silvestre se dirigió á la escalera,

la subió con violencia, atravesó un corredor y llamó en otra

—¿Quién?

—Yo, Roman, yo: un negocio urgentísimo.

La puerta se abrió, y don Silvestre se dirigió á la escalera,

la subió con violencia, atravesó un corredor y llamó en otra

—¿Quién?

—Yo, Roman, yo: un negocio urgentísimo.

La puerta se abrió, y don Silvestre se dirigió á la escalera,

la subió con violencia, atravesó un corredor y llamó en otra